

C.R.

863.6

G-134 ca

CARLOS GAGINI

1865-1925

LA CAÍDA
DEL X
ÁGUILA

(NOVELA)



TREJOS HNOS.
IMPRESA, LIBRERIA Y ENCUADERNACION
SAN JOSE, C. R.

1920

I

SANDPOINT

El firmamento, como gigantesco fanal de cristal azul colocado sobre el mar, comenzaba a palidecer hacia el levante y a teñirse de ese suave rosicler que recuerda las mejillas de una niña de quince años. El océano simulaba un lecho de brillantes esmeraldas levemente rizado por la brisa, y a los primeros rayos del sol naciente las crestas de sus ondas parecían acribilladas por millones de saetas de oro. Del lado de la tierra se dibujaba en elegante curva la línea gris de la playa que se dilata desde la Chacarita hasta la Punta; y paralela a ella, la nivea raya de las olas que iban a morir estruendosamente en la arena. Al Norte cerraban el cuadro filas de montañas de color azul lechoso, única nota melancólica del paisaje, pues sus nieblas, las selvas impenetrables que las cubren y sus agrestes picachos no hollados por la planta del explorador, traen a la mente la imagen de algo salvaje, hirsuto y amenazante, miasmas mortíferos de ciénagas, mi-

riadas de venenosos reptiles en acecho debajo de la maleza, millares de bestias feroces, indios indómitos ocultos detrás de los árboles con la flecha en el arco; algo, en fin, vago e indefinible que recuerda al hombre que si en las gastadas tierras europeas ha logrado domeñar a la Naturaleza, en las americanas ella se impone a nuestra pequeñez con incontrastable imperio.

La ciudad recostada en un fondo de verdura comenzaba a dar señales de vida: elevábanse de las chimeneas espirales de humo, oíanse silbatos de fábricas y pitazos de máquinas y como juguetes diminutos veíanse deslizarse los trenes a lo largo de la costa. Grande animación reinaba en el muelle que en línea recta penetra en el mar algo más de media milla, símbolo de la voluntad humana que se adueña de los más rebeldes elementos. Oíase el rechinar de las grúas, los resoplidos del vapor y el traqueteo de las gasolinas; y las velas de las barcas pescadores se inflaban, salpicando de manchas blancas la vercosa llanura del océano.

Lejos del muelle se columpiaban perezosamente los tres monstruosos acorazados como ballenas dormidas, blancos, monótonos, con esa majestad que da la fuerza y esa tranquilidad de los leones en reposo. Los colosales cañones gemelos de sus torres blindadas relucían como espadas bruñidas; y en las cofas, erizadas de ametralladoras, chispeaban los lentes de los telescopios que registraban el horizonte.

Desde el extremo del muelle podían leerse a

simple vista los nombres de los barcos, estampados en grandes letras de oro en la proa: *Nicaragua*, *Puerto Rico*, *Haití*.

En el tope de sus mástiles de acero ondeaba el pabellón estrellado; y el *Nicaragua*, que era el más poderoso, ostentaba la insignia del almirante. Su puente blindado brillaba como un espejo, reflejando la imagen de los oficiales que se paseaban tomando el fresco y de los marineros y soldados que acudían a los diversos menesteres que les estaban encomen- x
dados. Poco después de las siete surgieron de una escotilla dos personas: la que apareció primero era una joven como de veinte años, alta y esbelta, de rostro simpático y rebosante de salud, labios finos y apretados, reveladores de resolución y energía, grandes ojos negros y abundante cabellera del mismo color, recogida bajo una gorra escocesa. La seguía un caballero de unos sesenta años, alto y musculoso, rasurado con esmero, con traje de dril blanco, sombrero de paja, una larga pipa alemana en la boca y unos gemelos en la diestra. El respetuoso saludo de oficiales y marineros indicaba que ambos eran personas de calidad. Pusiéronse de codos en la borda y con los gemelos inspeccionaron la costa, cambiando impresiones en voz baja. Era domingo y sobre los principales edificios trapeaban las banderas norteamericanas. No se oía como antaño el alegre repiqueteo de las campanas que tañían a misa, porque el templo católico de Sandpoint, la antigua Puntarenas, estaba cerrado por falta de fieles, pues casi todos

los vecinos habían abrazado la religión protestante.

Sucesivamente se desprendieron del muelle varias lanchas de gasolina, encabezadas por la falúa de la capitania del puerto que venia a practicar la visita reglamentaria a los tres barcos fondeados la noche anterior. Cuando atracaron al costado del *Nicaragua*, irguióse el viejo y, dejando los gemelos a su linda compañera, adoptó la actitud de los altos personajes oficiales en las recepciones; el cuerpo erecto, el rostro grave y el entrecejo fruncido. Conforme iban saltando al puente desde la escala de estribor los empleados del puerto se apresuraban a ir a saludar al caballero de los gemelos a cuyo lado estaban el comandante del acorazado y un grupo de oficiales de marina; y por las cortesias y por la expresión obsequiosa y humilde de todos se traslucía que debía de ser conspicuo dignatario.

De la segunda lancha subió un hombre gigantesco y rubicundo, con uniforme galoneado, a quien el viejo estrechó cordialmente la mano diciéndole sonriente:

—Hola, Simpson ¿nada nuevo?

—No, señor Ministro.

—Estricta vigilancia ¿eh?

—He cumplido al pie de la letra las órdenes de Vuestra Excelencia. Desde este puerto hasta la bahía de Salinas no hay una pulgada de tierra que no esté vigilada. De trecho en trecho hay puestos militares, las patrullas recorren día y noche la costa y cien gasolinas cruzan sin cesar de un punto

a otro de tal suerte que puedo responder con mi cabeza de que nadie ha entrado ni salido sin mi consentimiento.

Habíanse separado algunos pasos del grupo y conversaban en voz baja.

—Es extraño, extraño!—murmuró para sí el Ministro.

—Lo único anormal—prosiguió el coloso, después de enjugarse la frente con el pañuelo,—es que nuestros aparatos radiotelegráficos han interceptado varios despachos ininteligibles, escritos sin duda en clave y con palabras que no pertenecen a ninguno de los idiomas conocidos.

Levantó el Ministro su afilada nariz y entornando los penetrantes ojillos en señal de profunda curiosidad, repuso después de corto silencio:

—¿Tiene Ud. copia de alguno de esos misteriosos despachos?

—Aquí están todos—respondió Simpson, sacando del bolsillo unos papeles.

Examinólos cuidadosamente el Ministro, y a cada lectura movía impaciente la cabeza.

—Extraño, extraño!—murmuró. Desde Panamá hasta la frontera de México no hay, no puede haber estación alguna. ¡Extraño!

Mientras los dos hombres mantenían esta conversación, habíase acercado a la señorita—que aún permanecía en la borda, asestando los gemelos a tierra—un apuesto teniente de navío, rubio y hermoso, de miembros bien proporcionados como los de

aquellos que desde su niñez se han consagrado a los deportes. Ambos entablaron animado coloquio, por el cual era fácil colegir que entre los dos mediaban lazos más fuertes que los de la simple amistad.

—Me dicen que vas a pasar dos o tres días en la capital de la colonia. ¿Es cierto, Fanny?

—Sí, hace poco me lo anunció papá y ahí están nuestras valijas—añadió señalando unas apiladas cerca de la escala de estribor.

Pero tú vendrás con nosotros ¿no es cierto?

—No, y eso es lo que me contraría. El comandante me ha ordenado que vaya mañana a una exploración hasta Tivives. Con que ya ves!....

—Papá conseguirá que te releven de esa tarea. Si no nos acompañas, me quedo a bordo.

Los ojos del gallardo mancebo brillaron de satisfacción y acercándose más a la joven prosiguió:

—Querida Fanny, cuando supe que habías obtenido de tu papá que se embarcase en este navío en el cual sirvo, te bendije una y mil veces, pues así podríamos estar juntos algunas semanas mientras llega el anhelado plazo de nuestra boda. ¡Qué breves se me han hecho los días transcurridos desde que zarpamos de San Francisco! Tu papá quiso examinar por sí mismo todas las radas, ancones, fondeaderos e islotes de la costa y yo rogaba a Dios que le deparase algo extraño en que entretenerse para que nosotros pudiésemos prolongar nuestras conversaciones a la luz de la luna,

en los escasos ratos que me dejaba libre el servicio.

Iba a replicar Fanny cuando se acercó a ella su padre, diciéndole:

—Vamos a tierra. El expreso para la capital está listo.

—Henry vendrá con nosotros. ¿Verdad, papá?

Fijó el Ministro sus ojos aguilinos en el joven, que bajó los suyos atemorizado.

—Henry no depende más que del comandante.

—Pero tú puedes conseguirle licencia.

Frunció el Ministro sus pobladas cejas y sin decir palabra llamó aparte al comandante del barco. Media hora después el Ministro de Marina de los Estados Unidos, Mr. Albert Adams, su encantadora hija Fanny y su prometido Jack Cornfield, cómodamente recostados en los cojines de una gasolina, atracaban al muelle de Puntarenas, en donde la banda marcial criolla recibió a los ilustres huéspedes con el himno norteamericano.

No pudo el Secretario Adams ocultar su sorpresa al recorrer las calles del puerto que él había visitado quince años antes como jefe de un crucero, al notar el asombroso cambio que en la ciudad se había operado: las calles arenosas que los transeuntes atravesaban a duras penas, estaban ahora cuidadosamente macadamizadas y desaguadas por amplias alcantarillas; los patios, en otro tiempo depósitos de inmundicias, se habían convertido en amenos jardines merced a la tierra vegetal traída desde muy lejos; habían desaparecido las casuchas infectas de los

suburbios y en su lugar se levantaban habitaciones bien soleadas y blanqueadas; el Estero dragado recibía centenares de barcos mercantes que atracaban directamente a un malecón de mampostería de más de un kilómetro de longitud; tranvías eléctricos recorrían las avenidas principales; la cañería y el alumbrado eran inmejorables; la boca de la Barranca, antiguo foco de fiebres, se había transformado en elegante balneario provisto de todas las comodidades de los más celebrados del viejo continente; en suma, la población miserable de antaño, tocada por la varita de oro del yanqui, era ya uno de los mejores y más higiénicos puertos del mundo.

Creció de punto la admiración del Ministro de Marina cuando instalado en lujoso coche recorrió en hora y media las veinticinco leguas que separan a Puntarenas de San José: la vía esmeradamente balastada se deslizaba enfrente de la roca de Carballo por un tajeamar construido a cincuenta metros de la orilla, de manera que a la vez que evitaba el peligro de los desprendimientos de moles de piedra, permitía admirar el promontorio en toda su magnificencia. A un lado y otro de la línea se sucedían campos de trigo, de arroz y de maíz, viviendas pintorescas a cuyas puertas salían para ver pasar los trenes, no individuos paliduchos y mugrientos, roídos por la malaria y la miseria, sino trabajadores fornidos y de aspecto satisfecho.

De trecho en trecho un molino, un aserradero o un hato de ganado cortaban la monotonía de

los cultivos; y todo el país parecía respirar salud, bienestar y alegría de vivir.

Mr. Adams lo contemplaba todo con íntima fruición, pensando que aquella prodigiosa transformación era obra de sus compatriotas, mientras en un ángulo del vagón su hija y su prometido, sin preocuparse del paisaje ni de sus bellezas, mataban el tiempo en delicioso palique amoroso.

La capital fué otra nueva sorpresa para el señor Secretario de Marina de los Estados Unidos. En lugar del desvencijado carruaje que quince años atrás lo condujo a un hotel incómodo y caro, una docena de lujosos automóviles le llevaron a él y a su comitiva en cinco minutos a la residencia del gobernador de la colonia, quien en compañía de los principales empleados le había dado la bienvenida en la estación, mientras un regimiento de infantería criolla con uniforme de gala hacía los honores al ilustre huésped. La traviesa Fanny no dejó de hacer comentarios chistosos sobre el aire tan poco marcial de los soldados ticos, a quienes el calzado torturaba de modo indecible. Las calles perfectamente asfaltadas parecían espejos cuando las mojaba la lluvia; todas las casas aún las más humildes, estaban recién pintadas; los carros del tranvía desinfectados, los carruajes flamantes, tirados por caballos rollizos; en las carnicerías, con sus mostradores de mármol no se veía ni una mosca: ni polvo, ni lodo, ni mosquitos, ni ratas, ni mendigos, ni vagos, ni tabernas!

Lo que más admiró al Secretario fué el no ver gentes descalzas; cuando hizo esta observación al Gobernador de la colonia, Mr. John Taylor, sentado a su lado en el automóvil, el general sonrió y replicó:

—¡Oh! encontramos un medio muy sencillo para corregir esa falta de cultura. Dispuse que no se admitiese en los trenes, tranvías ni templos a personas descalzas. Muchos rehacios prefirieron viajar a pie; pero cuando les impedí entrar descalzos en sus templos, no tuvieron más remedio que comprarse calzado. Esta medida los obligó a trabajar más y a beber menos. ¡Son tan ignorantes y fanáticos!

—Pero nuestras leyes prohíben en absoluto las bebidas espirituosas.

—Es verdad; pero creo que toda la policía de nuestra poderosa nación sería incapaz para impedir que esta gente fabrique de modo clandestino sus bebidas alcohólicas.

—Mejor que sea así, Taylor. Es preciso que esta raza degenerada desaparezca y deje el lugar a una más digna de aprovechar las riquezas de la tierra. Cuanto más beban, mejor.

La suntuosa mansión del Gobernador, situada enfrente de la Fábrica Nacional de Licores, convertida a la sazón en Fábrica de Tejidos, hospedó al ilustre Secretario Adams, a su bella hija y a su

futuro yerno. Partidas de *lawn tennis*, *garden parties*, excursiones y bailes contribuyeron a amenizar la estada de los distinguidos huéspedes en los tres días que permanecieron en San José, capital de la colonia. En la noche que precedió a su partida les fué ofrecido un regio banquete al cual concurrieron, además de la plana oficial, multitud de criollos que se habían adaptado a las costumbres y habla yanquis y aceptado sin protesta la dominación extranjera. No dejó de notar el señor Ministro que la masa de la población, particularmente la clase artesana, mostraba una actitud abiertamente hostil; y por el gobernador supo que habían ocurrido frecuentes hechos de sangre, realizados por los nativos contra ciudadanos de la Unión, severamente castigados con la silla eléctrica, que no infundía al parecer, gran temor a los autores de los crímenes.

Celebróse el banquete en el hotel *Lincoln*, el más lujoso de la capital; y preciso es confesar que el servicio superó con mucho al de los mejores de Nueva York. El Secretario Adams tenía a su lado al Gobernador Taylor; y cuando la comida tocaba a su fin, presentóse un camarero con un despacho telegráfico para el señor Ministro. Al leerlo Mr. Adams palideció y lo pasó a su vecino, quien a su vez dió muestras de la más profunda sorpresa. Miráronse largo rato y luego el general Taylor dijo en voz baja:

—Esto es inconcebible. ¡Seis acorazados en menos de dos meses!

—Sí, dijo el Ministro de Marina; sucesivamente han desaparecido el *Panamá*, el *California*, el *Balboa*, el *Washington*, el *Mackinley* y ahora el *México*, nuestros más poderosos barcos, del tipo más moderno y provistos de todos los medios imaginables de defensa: redes contra torpedos, aparatos que anuncian la aproximación de barcos submarinos, telégrafos inalámbricos que en medio minuto pueden avisar al mundo entero la localización del buque en peligro. Y sin embargo, esas seis poderosas unidades han desaparecido sin dejar huella y sin que sea posible fijar el lugar del siniestro. Lo extraño es que los seis acorazados salieron de nuestra estación de San Francisco y que del lado del Atlántico no ha ocurrido novedad alguna.

—El Japón entonces.....

—Así lo sospeché desde el principio; pero es tal nuestro espionaje en el Imperio del Sol Naciente, que ninguno de sus doscientos submarinos puede ejecutar evolución alguna sin que nuestros agentes no lo comuniquen enseguida. Puedo asegurar que ninguna de esas naves ha abandonado las aguas japonesas.

—Pero entonces.....

—No me explico la desaparición de nuestros barcos; un ataque submarino es imposible, pues como dije a Ud. antes, están provistos de todos los medios de defensa imaginables. Además, uno de los acorazados desapareció dos días después de haber zarpado de San Francisco, otro cuatro días más

tarde; el tercero salió de Mazatlán cinco días después y no se ha vuelto a saber de él; el cuarto, de San José de Guatemala; el quinto, de Acajulta; y finalmente el *México*, que partió de Amapala hace cuatro días, no ha llegado a Corinto. Lo particular del caso es que navegando a corta distancia de la costa, la explosión que hubiera causado el hundimiento de nuestros barcos se habría oído a larga distancia, y ni nuestros puestos militares de la costa oyeron nada, ni nuestros aparatos inalámbricos recibieron despacho alguno.

Quedóse pensativo largo rato el Secretario Adams, y de pronto dijo:

—Mi querido Taylor: el general Simpson, comandante de Sandpoint, me facilitó algunos despachos interceptados e indescifrables que a mi ver tienen conexiones con este asunto. Para mí es claro que se trama algo contra nuestra Gran República. ¿Por quién? No lo sé. ¿Dónde? Lo ignoro. Desde San Francisco hasta Panamá la costa está perfectamente vigilada y puedo garantizar que ni México ni el Japón tienen participación directa en la desaparición de nuestras poderosas unidades de combate. Este misterio me impulsó a inspeccionar por mi mismo nuestras costas del Pacífico y confieso que en mi viaje no he tenido contratiempo alguno ni motivo de queja y que todo lo he encontrado en perfecto orden.

Ayer mi hija Fanny me expuso su deseo de hacer una visita a la isla del Coco, tan interesante

por las leyendas de tesoros enterrados allí por los piratas; y tal deseo me pareció providencial, pues si alguna estación inalámbrica pueda existir por estos parajes, solo habría de hallarse en una isla deshabitada, a más de cien leguas de la costa, no visitada por los vapores que recorren las líneas del Pacífico. Mañana en la tarde partiremos y no dejaré de enviar radiogramas sobre todo lo que allí se encuentre.

Los acorazados *Haiti* y *Puerto Rico* permanecerán en Sandpoint, listos para zarpar al primer aviso. Mi hija se propone explorar toda la isla y hacer excavaciones en los lugares en que probablemente se encuentren objetos antiguos. Estaremos allí un par de días nada más.

—¿No sería más prudente que os escoltasen los otros dos acorazados?

--No es necesario. Su presencia en el puerto es indispensable para imponer respeto a los nativos que aún se niegan a reconocer nuestra dominación.

Ajenos a todos los asuntos políticos y diplomáticos, los dos enamorados—Fanny y Jack—casi no probaron los exquisitos manjares, atentos sólo al amoroso diálogo que sostenían a media voz. Un año más tarde serían marido y mujer: él obtendría su retiro definitivo, gracias a la influencia de su ilustre suegro, y su cuantiosa herencia paterna le permitiría adquirir extensas propiedades en el Estado de Texas, en donde era su intención dedicarse a la agricultura y pasar el resto de su vida consa-

grado a las faenas campestres, que proporcionan salud, riqueza y tranquilidad de ánimo.

Esa misma noche, a las once, un tren expreso condujo a los distinguidos huéspedes al puerto en donde los esperaba una gasolina para llevarlos a descansar a bordo del poderoso acorazado *Nicaragua*.



II

LA ISLA MISTERIOSA

A más de trescientas millas al oeste de Puntarenas surge del océano una isla solitaria que fué en tiempos pasados guarida de piratas, como lo atestiguan las inscripciones puestas en las paredes de sus cavernas. No carecen de fundamento las leyendas de tesoros enterrados allí por los corsarios, pues difícil es imaginar paraje más adecuado para refugio de quienes temen la acción de la justicia. Alejada de todas las rutas marítimas, sin puertos espaciosos que puedan convertirla en estación carbonera y con una superficie de unos cincuenta kilómetros cuadrados que no permite el establecimiento de colonias considerables, la isla del Coco ha permanecido deshabitada y la poderosa nación que tres años há se adueñó de la América Central no se dignó poner en ella sus vigilantes ojos.

A ella se dirigió a todo vapor en una mañana de Abril el magnífico *dreadnaught Nicaragua*, llevando a su bordo al Secretario de Marina y a su bella hija. Poco después de medio día divisaron

los picachos de la isla y sus escarpadas costas de las cuales caen al mar innumerables cascadas pequeñas, y antes de las cinco el acorazado fondeó a la entrada de la bahía de Chatam, porque la enseña no ofrece bastante fondo para barcos de gran calado.

Fanny se empeñó en desembarcar inmediatamente porque tenía deseos de contemplar desde uno de los riscos la puesta del sol, espectáculo incomparable en estas latitudes, y no hubo más remedio que complacer a la mimada señorita. Un bote manejado por dos buenos remeros condujo a tierra a Mr. Adams, a su hija y al enamorado Jack, como llamaban sus camaradas al apuesto Henry Cornfield, quienes provistos de magníficos gemelos treparon penosamente a la cima de uno de los más empinados cerros. Al llegar a la cumbre prorrumpieron los tres en exclamaciones de entusiasmo. Y no era para menos: el sol besando ya el horizonte, parecía por efectos de la refracción un enorme escudo rojo que matizaba las nubecillas con mil brillantes colores. En torno de la isla formaba el mar un cinturón de blanquísima espuma sobre la cual caían de los cantiles chorros de agua irisados, semejantes a los surtidores de una fuente gigantesca; millares de gaviotas como copos de nieve revoloteaban en los escollos; y el aire, saturado de emanaciones salinas, al ensanchar los pulmones comunicaba al alma una animación parecida a la que da el champaña.

Fanny recorría con sus gemelos la isla y de cuando en cuando los bajaba para mirar tiernamente a su prometido.

—Mañana—dijo—voy a pasar aquí todo el día para hacer excavaciones. Quizá daremos con el tesoro de los piratas; pero de todos modos hallaremos algunas reliquias antiguas que irán a enriquecer nuestro museo.

Su padre la miró con burlona sonrisa y le dijo:

—¿Piensas ser más afortunada que todos los que han venido aquí en busca del famoso tesoro? Sería preciso remover todo el suelo de la isla, pues los corsarios no eran tan simples para sepultar sus riquezas en lugares tan sospechosos como las cuevas y casi siempre enterraban el producto de sus depredaciones en la playa, en donde ningún accidente visible podría denunciarlo, guardándose un plano que indicaba exactamente el sitio del entierro.

—Tengo el presentimiento de que hallaré algo—replicó Fanny—y no me iré hasta que copie las inscripciones de las grutas y excave algunos lugares.

Tomó de nuevo sus gemelos y al dirigirlos al lado noroeste de la isla lanzó repentinamente un grito de sorpresa.

—¿No me dijiste que la isla está deshabitada?—dijo mirando ansiosamente a su padre.

—Sí—respondió éste: el último colono fué un alemán que hace unos veinte años vino aquí con su esposa y partió poco después. El Gobierno de

Fanny recorría con sus gemelos la isla y de cuando en cuando los bajaba para mirar tiernamente a su prometido.

—Mañana—dijo—voy a pasar aquí todo el día para hacer excavaciones. Quizá daremos con el tesoro de los piratas; pero de todos modos hallaremos algunas reliquias antiguas que irán a enriquecer nuestro museo.

Su padre la miró con burlona sonrisa y le dijo:

—¿Piensas ser más afortunada que todos los que han venido aquí en busca del famoso tesoro? Sería preciso remover todo el suelo de la isla, pues los corsarios no eran tan simples para sepultar sus riquezas en lugares tan sospechosos como las cuevas y casi siempre enterraban el producto de sus depredaciones en la playa, en donde ningún accidente visible podría denunciarlo, guardándose un plano que indicaba exactamente el sitio del entierro.

—Tengo el presentimiento de que hallaré algo—replicó Fanny—y no me iré hasta que copie las inscripciones de las grutas y excave algunos lugares.

Tomó de nuevo sus gemelos y al dirigirlos al lado noroeste de la isla lanzó repentinamente un grito de sorpresa.

—¿No me dijiste que la isla está deshabitada?—dijo mirando ansiosamente a su padre.

—Sí—respondió éste: el último colono fué un alemán que hace unos veinte años vino aquí con su esposa y partió poco después. El Gobierno de

Costa Rica nunca se preocupó de esta isla y no sé cómo no se ha apoderado de ella cualquier nación extranjera.

—Entonces ¿cómo se explica que haya una línea férrea y ganado vacuno?

—¡Una línea férrea! exclamaron a un tiempo Mr. Adams y Jack, empuñando sus gemelos y asestándolos al sitio indicado por la joven.

Era imposible negarse a la evidencia: en la playa norte de la isla brillaban los rieles como dos hilos de plata y se distinguían hasta las traviesas metálicas que los sustentaban.

A corta distancia, en un herbazal, pacían cuatro robustas vacas, acompañadas de sus respectivos becerros y de una docena de cabras manchadas y gordas que ramoneaban entre la maleza.

El Secretario Adams no volvía en sí de la sorpresa.

—Esos animales—murmuró como hablando consigo mismo—pueden haber sido dejados por los últimos colonos. ¡Pero la línea férrea!.....Volvamos ya a bordo--añadió en voz alta: dentro de poco será de noche y no conviene navegar a oscuras en mares desconocidos.

Apenas llegaron al acorazado comunicó el Secretario sus impresiones al comandante y se acordó que al día siguiente una partida de tripulantes practicase un escrupuloso registro de la isla sospechosa. Durante toda la noche se mantuvo estricta vigilancia en los barcos y los potentes reflectores

eléctricos examinaron la costa y las aguas circunvecinas sin que nada anormal ocurriese.

Al amanecer se arriaron de los pescantes tres de las falúas del barco y una cincuentena de marineros y soldados bien armados se dirigieron a tierra. Desgraciadamente Fanny se sintió algo indispuesta, con dolor de cabeza y calentura, por lo que, con harto sentimiento suyo, no pudo acompañar a los expedicionarios.

Regresaron éstos antes de mediodía, y Fanny, que yacía acostada en una silla de lona en grata conversación con su padre y con su novio, se puso de pie.

El oficial encargado de la excursión se acercó al grupo y saludó militarmente.

—¿Y bien?— preguntó el Secretario sin disimular su curiosidad.

—Excelencia, hemos recorrido toda la isla y registrados sus bosques; fuera de unos miles de gatos y puercos salvajes, no hemos encontrado ni una vaca ni una cabra, ni vestigios de línea férrea.

—¡No puede ser!— exclamó cada vez más sorprendido Mr. Adams; he visto con mis propios ojos los rieles y las traviesas de acero, cuatro vacas y varias cabras cuyo color se distinguía perfectamente. Los vieron también Fanny y Jack. ¿Verdad?

—Sí— contestaron a un tiempo los dos jóvenes, no menos sorprendidos.

El oficial se quedó perplejo, sin atreverse a decir que probablemente sus ilustres interlocutores habían padecido alguna alucinación.

El Secretario de Marina permaneció con el entrecejo fruncido, visiblemente preocupado, y luego dijo al oficial:

—¿Registraron ustedes con cuidado la playa noroeste, en donde vimos la línea férrea?

— Sin dejar una pulgada. Allí no hay siquiera un sendero que indique el paso de hombres ni huellas humanas de ninguna especie.

—¡Extraño! murmuró Mr. Adams.

—Apenas comamos vamos a tierra—repuso vivamente su hija: volvamos al mismo sitio de ayer y nos convenceremos de si en realidad fué una ilusión lo que vimos.—Asintieron su padre y su novio, y a las dos de la tarde se dirigieron a la playa, acompañados de cuatro marineros armados de picos y palas.

Subieron al risco desde el cual contemplaron la vispera la puesta del sol, y sin pérdida de tiempo apuntaron los tres sus gemelos al paraje en donde vieron brillar los rieles como dos hilos de plata.

Casi simultáneamente bajaron los anteojos y se miraron mutuamente con expresión de infinita sorpresa.

La línea no estaba allí: en el herbazal no había animales y no se advertía movimiento ni vida, como si la isla fuese un vasto cementerio.

—Vamos allá,—dijo después de largo silencio el Secretario.

Seguidos por los cuatro marineros que llevaban al hombro sus herramientas, se encaminaron a la

playa noroeste y la inspeccionaron cuidadosamente. ¡Nada! En la arena húmeda y negruzca no había más huellas que las de los tripulantes que por allí habían pasado en la mañana, fácilmente distinguibles por el calzado de ordenanza y por lo reciente de la impresión.

En un riachuelo encontraron la quilla oxidada de un bote de acero y a corta distancia un montón de cenizas entre cuatro postes que sin duda sirvieron de sostén a un rancho antiquísimo. Empeñóse Fanny en hacer allí una excavación y los cuatro fornidos marinos se pusieron a la obra inmediatamente, mientras el Secretario Adams, con los brazos cruzados y la ancha frente contraída por la fuerza de sus concentrados pensamientos, se mantenía algo apartado, sin prestar atención a los gritos de júbilo que su hija daba a cada nuevo hallazgo.

Desenterráronse sucesivamente una daga española del siglo XVI, un caldero de cobre recubierto de cardenillo, varias monedas de plata de la misma época y finalmente unos huesos carcomidos y la mitad de un cráneo que por su forma y dimensiones pertenecía indudablemente a un individuo de raza blanca. Ordenó Fanny que inmediatamente los marineros llevasen al acorazado las preciosas reliquias y como el calor era sofocante, les recomendaron que a la vuelta trajesen dos botellas de champaña y una cesta de hielo.

El Secretario, siempre silencioso y meditabundo, dijo:

—Volvamos a nuestro observatorio. No quiero salir de esta isla sin convencerme de que en realidad fuimos víctimas de una alucinación. Una línea férrea no puede desaparecer en una noche, aún suponiendo la cooperación de centenares de obreros. Dentro de poco serán las cinco y estaremos en iguales condiciones para cerciorarnos de la realidad.

Llegaron al picacho y se renovó la sorprendente escena de la tarde anterior: el enorme sol color de sangre, el espléndido celaje, el cinturón de niveas espumas, el blanco acorazado balanceándose muellemente a la entrada de la bahía, la diminuta lancha que hacía él se dirigía, de cuyos remos goteaba el agua como una lluvia de diamantes.

El Secretario Adams parecía extasiado y los dos jóvenes, sin cuidarse de la belleza del cuadro, cruzaban sus amantes miradas y hablaban en voz baja, prestando escasa atención a las palabras que como un torrente brotaron de pronto de los labios del distinguido funcionario, quien transportado sin duda mentalmente al salón del Congreso de la gran República, comenzó así:

—Nuestra misión redentora es sublime: la Providencia nos ha designado para salvar de la ignorancia y de la miseria a estas antiguas colonias españolas, continuamente desgarradas por luchas intestinas, explotadas por ambiciosos sin conciencia ni patriotismo, atentos sólo al medro personal. Estos pueblos mueren de necesidad en medio de las riquezas naturales de su suelo, que no saben aprovechar.

Guatemala y Nicaragua se sometieron sin resistencia y a las otras Repúblicas centrales las subyugamos fácilmente. Antes de medio siglo nuestra nación tendrá por límites el Océano Glacial al Norte, y al Sur el estrecho de Magallanes. Así lo exige la moral; es preciso que las leyes históricas se cumplan con la exactitud de las físicas, y que los pueblos degenerados, indignos de habitar estos ricos territorios, cedan el puesto a una raza más sana, más fuerte y emprendedora. México se resiste, pero lo conquistaremos pacíficamente: todas las empresas mineras, agrícolas y ferrocarrileras importantes están en manos de compatriotas nuestros; y cuando llegue el plebiscito que ha de decidir de la suerte de ese país, contaremos con una nueva y brillante estrella en nuestro pabellón.

Mientras el señor Adams peroraba así, los dos jóvenes continuaban su charla amorosa, forjando planes para lo porvenir.

—Si yo fuera millonario—decía Jack—me construiría aquí un palacio, provisto de toda clase de comodidades, y pasaría en él el resto de mi vida dedicado a amarte. Sólo así sentiría que tú eres enteramente mía y que el resto del mundo no existe para tí.

—Si—repuso ella: y al mes te fastidiarías y te irías en tu yate a buscar otra menos fea que tu mujer.

—¡Fanny!

El Secretario, que se había sentado en una roca,

se puso bruscamente de pie, lanzando un grito de asombro y levantando los gemelos a la altura de los ojos.

—¡La línea!—exclamó. ¡Allí está!

Los dos enamorados corrieron a su lado, asediando los gemelos en la dirección de los de Mr. Adams y se quedaron pasmados. No era posible equivocarse: sobre la oscura superficie de la costa resaltaban las dos rayas paralelas de los carriles relucientes como plata bruñida y podían contarse las traviesas metálicas en que estaban enclavados. Más aún: varias vacas y cabras pastaban tranquilamente en el prado que verdeaba a corta distancia de la vía, y los tres viajeros reconocieron en ellas las mismas de la víspera.

El Secretario se restregó los ojos como dudando de lo que veía, e iba a dirigir a sus compañeros una pregunta, cuando de improviso resonó una explosión formidable, tembló el cerro sobre el cual se hallaban y el aire comprimido les cortó la respiración.

Fanny se abrazó a su novio, con el terror pintado en sus facciones, mientras su padre, trémulo y pálido, corría al lado oriental de la roca, gritando:

—¡El acorazado!

Una inmensa y bronceada columna de humo ocupaba el lugar en donde pocos minutos antes estaba fondeado uno de los más poderosos barcos del mundo. En lo alto de la nube flotaban y descendían luego lentamente restos informes de objetos

negruzcos que caían en el mar uno tras otro como las cenizas de un volcán. Lo más extraordinario era que la columna de humo parecía maciza, sin disolverse, como si contra ella no tuviese acción alguna el viento.

—¡Se ha volado el barco! gritó Jack horrorizado.

—No, *lo han volado*, —repuso en voz sorda el Secretario de Marina.

Fanny prorrumpió en sollozos y ciñó con sus brazos el cuello de su padre, quien ya sereno e impasible le dijo, acariciando la adorable cabecita:

—No te aflijas. Pronto vendrán a buscarnos. Es cuestión de dos días. Afortunadamente tenemos en la cesta suficientes fiambres y una botella de vino y no nos moriremos de hambre. ¡Necio de mí! Desde ayer lo sospechaba, y sin embargo, cometí la imprudencia de traerte aquí.

Luego, sacando del bolsillo un mapa de la isla que consultó un instante, añadió:

—En ese escarpado cerro de enfrente están las espaciosas cuevas que servían de guarida a los piratas en sus vacaciones. Vamos allá y pasaremos la noche, si no en blandos colchones, por lo menos al abrigo del viento y del sereno. Después, Dios dirá.

Quando descendían del peñón divisaron, a los últimos resplandores del crepúsculo, un objeto oscuro semejante a un ataúd que se deslizaba con rapidez vertiginosa por la línea férrea y que desapareció en un recodo de la vía antes que nuestros personajes tuviesen tiempo de observarlo con sus anteojos.

Mr. Adams movió la cabeza con desaliento, como si aquella extraña aparición augurase alguna gran desgracia.

Era ya casi de noche cuando los tres llegaron a las grutas y se instalaron en la primera, tanto porque era la más ventilada, como porque a ella llegaba oblicuamente la luz de la luna llena.

El Secretario tendió en el suelo su impermeable y encima su levita, improvisando así un lecho a su querida hija. El y Jack se acostaron sobre la roca, con sus revólveres al alcance de la mano como en espera de un peligro invisible e inevitable.

Largas horas estuvieron desvelados, lo mismo que la encantadora niña, que a duras penas reprimía los sollozos para no affigir más a su padre. X

Al fin lograron conciliar el sueño a la madrugada y a las seis los despertaron los rayos del sol que penetraban oblicuamente en la cueva. Consistía ésta en un largo túnel cuya boca estaba dirigida hacia el oriente. A cada lado del espacioso cañón central había tres hermosas grutas, en parte naturales, en parte arregladas por la mano del hombre, cuyas entradas daban al zaguán central como los cuartos de una fonda. Que allí se habían alojado en los pasados siglos los bucaneros que asolaron las costas occidentales de las colonias españolas y que incendiaron nuestra ciudad de Esparza, decíanlo claramente las inscripciones de las paredes, con sus nombres y fechas en inglés, así como el arreglo y

distribución de las habitaciones, que podían albergar cómodamente más de un centenar de personas.

Al despertar los únicos tres sobrevivientes del *Nicaragua*, miráronse los dos hombres estupefactos, pero sin decir palabra para no alarmar a Fanny. Lo que producía su asombro era el hecho inexplicable de que sus pistolas automáticas, dejadas en el suelo al alcance de la mano, habían desaparecido!

Cuando se levantó Fanny, su padre tomó la levita y quiso consultar el mapa de la isla; pero en vano registró todos los bolsillos.

¡El mapa había desaparecido!

Encamináronse silenciosos a la playa, con la esperanza de encontrar algún naufrago o siquiera algún resto del soberbio *Dreadnaught*. En vano recorrieron varias veces la orilla de la bahía de Chatam: las olas se estrellaban una tras otra en la playa sin dejar ni una astilla, ni un harapo, como si un monstruo apocalíptico se hubiese tragado el barco con toda su dotación de mil quinientos tripulantes.

Regresaron sin decir palabra a su albergue, pues ya el sol picaba bastante, y mientras Fanny cogía algunas flores silvestres y curiosos insectos, los dos hombres cambiaron impresiones.

—¿Qué opina usted, Mr. Albert, de nuestra actual situación?—preguntó el mozo.

—Lo que creo, Mr. Cornfield, es que imprudentemente hemos venido a meternos en la boca del lobo. Usted debe saber que en menos de dos meses han

desaparecido misteriosamente seis de nuestros más modernos y perfectos acorazados.

—¡Cinco!

—No, seis. En el banquete que nos dieron en San José recibí un aerograma en el cual se me anunciaba que el *México* no había llegado a su destino y que se consideraba como perdido, pues no se había recibido contestación a los numerosos mensajes inalámbricos que se le habían dirigido. Ahora no son seis, sino siete, prosiguió con amargura.

—¿De modo que Ud. cree....?

—Que en esta isla está la clave del misterio y que de todo corazón prefiero morir aquí con los seres que me son más queridos que ver anclar en esa maldita bahía los dos acorazados que dejamos en *Sandpoint*, porque estoy seguro de que correrán la misma suerte que nuestro *Nicaragua*.

Humedeciéronse los ojos del teniente al recuerdo de sus camaradas muertos, y cuando logró dominar su emoción añadió:

—¿Y qué será de nosotros, de Fanny?

—Tenemos viveres para dos días.

Después, si no vienen a rescatarnos, estaremos a merced de nuestros carceleros.

—¡Prisioneros! Pero ¿en poder de quién?

—Quizá pronto lo sabremos. Estamos cogidos en las mallas de una red diabólica cuyos hilos procuro desenredar desde anoche. Resignémonos por ahora y dejemos desarrollarse los acontecimientos. Tan

sólo quiero hacer a Ud. una recomendación; si yo llego a faltar, cuida Ud. a mi hija y defiéndala hasta el último momento.

Estrechó el Secretario la mano de su futuro yerno, y al llegar a la gruta tomaron algunos bocados de los fiambres de la cesta, dejando para el día siguiente unos pocos emparedados y un trozo de jamón en dulce.

Esa tarde no salieron de la gruta y esperaron la salida de la luna en amena conversación con el objeto de disipar la tristeza de Fanny, cuyos intermitentes suspiros revelaban la profunda inquietud de su alma.

Durmiéronse al cabo, acariciados por la esperanza de ver al día siguiente en la bahía el barco que había de venir a rescatarlos. Cuando amaneció quisieron salir para respirar el aire matinal y contemplar el océano; pero una palidez mortal invadió sus rostros cuando siguiendo el túnel central a cuyos lados estaban las seis habitaciones, encontraron que una pesada verja de hierro obstruía la boca de la cripta.

Examinóla Jack y advirtió que no tenía goznes, sino que salía de la roca como un rastrillo corredizo. Miráronse consternados y Fanny se abrazó a su padre, llorando desconsoladamente.

Estaban prisioneros.

III

NUEVAS SORPRESAS

Para matar el tiempo y distraer sus penas los tres cautivos se pusieron a examinar las seis habitaciones simétricas, abiertas a ambos lados del pasadizo central, en cuyas paredes encontraron interesantes letreros y sobre todo uno en inglés que decía, aludiendo sin duda al tesoro enterrado por los piratas: *El pájaro voló.*

Recorrida el ala izquierda, pasaron a la derecha y al penetrar en la segunda caverna lanzó Fanny un grito de sorpresa. A la entrada de la habitación había dos valijas de cuero, que la joven reconoció al punto, pues eran las mismas en que acomodó sus ropas al tomar pasaje a bordo del *Nicaragua* en el puerto de San Francisco de California.

En la tercera cueva encontraron un montón de víveres suficientes para una semana, un jamón, varias conservas, tres panes grandes y una cocinilla de alcohol, con una tetera.

El fondo del pasadizo central era una pared de

roca volcánica, lisa y uniforme; los muros de las cuevas no presentaban solución alguna de continuidad. ¿Cómo, pues, habían aparecido allí esos objetos?

—Poco corteses son nuestros carceleros, dijo el Secretario con amarga sonrisa; podían habernos dejado a Jack y a mi siquiera una muda de ropa.

—¡Aquí está! gritó de repente Miss. Adams que había abierto sus valijas y registrado su contenido. Dos vestidos interiores tuyos, papá, y dos de Jack.

Los prisioneros no volvían en sí de su sorpresa. ¿Quién había tenido la previsión de salvar de la catástrofe el equipaje de Fanny y de poner en él ropas de los dos hombres? ¿Había, pues, a bordo un cómplice de los que habían volado el acorazado? ¿Cómo se había escapado antes de la explosión y en qué lugar de la isla se había refugiado?

Los prisioneros pasaron el resto del día discutiendo esos problemas al parecer insolubles; y como entre los víveres encontraron un paquete de velas de estearina y otro de fósforos, pudieron distraer sus contristados ánimos oyendo la lectura de una novela de las muchas que Fanny guardaba en su saco de viaje.

Antes de acostarse, el Secretario Adams dijo filosóficamente:

—Nuestros carceleros no parecen mal dispuestos contra nosotros, a juzgar por las atenciones que nos han prodigado. Soportemos con paciencia nuestro cautiverio y esperemos que los navíos de nuestra Gran República vengan a devolvernos la libertad.

No hay mal que dure cien años. ¿A qué afligirse? Si la suerte nos reserva trágico fin, resignémonos a él y muramos por servir a nuestra patria y a la causa de la civilización».

Estas palabras confortaron el decaído ánimo de los dos jóvenes y todos gozaron esa noche de un sueño no interrumpido y reparador. Ocupaban como antes la primera caverna de la izquierda, oreada toda la noche por la brisa marina e iluminada durante algunas horas por la luz de la luna.

Cuando abrieron los ojos, cegados por los resplandores de la mañana, los tres se incorporaron como movidos por un resorte. Ante ellos estaba de pie un joven de melena rubia y ensortijada, ojos azules, cuerpo esbelto y alto, vestido de kaki con polainas de color leonado, un latiguillo en la mano y revólver a la cintura:

Los contemplaba maliciosamente, mientras una enigmática sonrisa se dibujaba bajo su bigotillo blondo y retorcido.

Fanny le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos y de pronto gritó:

—¡Rafael!

—No es ese mi nombre—respondió tranquilamente el joven—aunque lo usé hace cinco años en Washington.

Porque ha de saber usted—añadió dirigiéndose a Mr. Adams, que cuando estuve en la capital de la Gran República, hice la corte a su simpática hija. No se enfade Ud., caballero—prosiguió, haciendo

amistoso ademán a Jack, que miraba a su prometida con gesto interrogativo y desconfiado. Ella recibió al principio con deferencia mis obsequios; pero cuando se enteró de mi nacionalidad me dió un portazo, pareciéndole sin duda degradante el conceder su blanca mano a un individuo perteneciente a una raza degenerada cuya destrucción estaba decretada oficialmente. Mejor que fuera así; porque si esta señorita hubiese consentido en ser mi esposa ¿cuál habría sido nuestra posición cuando dos años después sus paisanos se apoderaron de mi patria?

Hablaba el desconocido en castellano, idioma que los tres prisioneros conocían perfectamente. Cuando calló, acercóse a él Mr. Adams y dijo:

—Caballero ¿puede Ud. decirme en poder de quién estamos y con qué derecho se nos priva de la libertad?

—No puedo responder por ahora a su primera pregunta; en cuanto a la segunda, le diré que con el mismo derecho que ustedes emplearon para cogerse a Centro América: con el derecho del más fuerte.

Y ahora, señores, tengo que dar a Uds. una mala noticia. Es preciso separarse. Ud., Mr. Adams, permanecerá con su hija en el cuarto número 3 izquierda; usted, Mr. Cornfield, pasará al número 2. Siento que no pueda conversar con su prometida, pues la pared de roca tiene más de cuatro metros de espesor. No se aflija usted: el encierro durará apenas uno o dos días. Nuestras habitaciones están

provistas de lo más indispensable. Voy a enseñárselas.—Sirvanse seguirme.

Dirigióse a la tercera cueva y en el fondo de ella oprimió un botón diminuto, perfectamente disimulado, y al punto se abrió una portezuela que dejó al descubierto una especie de alacena profunda en la cual había ropa de cama, víveres y un cántaro de agua.

—Usted encontrará en su habitación una alacena semejante, añadió volviéndose a Jack. Hay también velas, fósforos y algunos libros. ¡Lástima que entre ellos no esté la *Odisea*!

¿No hallan ustedes gran semejanza entre su situación y la de Ulises en la caverna de Polifemo? Sólo que aquí no hay ogros, sino personas dispuestas a hacerles lo menos posible pesado su cautiverio.

El Secretario, con el entrecejo fruncido, no replicó palabra. Jack le estrechó la mano en señal de despedida y acercándose a Fanny le dijo en voz baja:

—Préstame tu espejito de bolsillo.

Ella, con los ojos llenos de lágrimas, le miró sorprendida y le entregó con disimulo lo que él pedía, al cambiar un fuerte apretón de manos.

El desconocido hizo entrar al teniente en la segunda gruta y él permaneció en el pasadizo central, inmóvil, enfrente del marino. De pronto se oyó un ligero chirrido y dos fuertes rejas, semejantes a la que cerraba la salida principal de la caverna, emergieron de la roca y taparon la entrada de los dos calabozos.

El desconocido se dirigió al segundo cuarto del ala derecha y no volvió a salir. Si las aberturas de las tres habitaciones de la izquierda hubiesen coincidido respectivamente con las del costado derecho, habría podido ver Jack todas las maniobras del joven rubio, el cual, abriendo una portezuela semejante a la de las alacenas de los calabozos, desapareció al través del boquete que se cerró inmediatamente.

Trabajo le costó a Jack dar a tientos con el botón de su armario, pues la luz era escasa en las cuevas; así que lo consiguió fue menester encender una bujía para distraerse leyendo.

Había en la alacena varios libros en inglés y en alemán, relativos casi todos a la gran guerra europea.

Miró el teniente su situación con la flema característica de su raza, tranquilizado por las maneras corteses del rubio carcelero; mas una serie de problemas que se presentaron sucesivamente a su consideración le impidió distraerse con la lectura y al fin tirando el libro, se quedó meditabundo.

¿Cómo había llegado a la isla el equipaje de Fanny, si del *Nicaragua* no había quedado el menor vestigio?

¿Quién puso dentro de las valijas alguna ropa del padre y del prometido de la joven? ¿De dónde provenía aquella extraña columna de humo bronceado que envolvió el navío, si los explosivos del acorazado no producían humo alguno? ¿Por qué el empeño del desconocido en ponerle a él en calabozo

aparte? ¿Qué significaban aquellos misteriosos ruidos subterráneos, como resoplidos de fragua y martillazos lejanos que no cesaron en toda la noche?

Tendido sobre la manta que le servía de colchón, con la cabeza descansando sobre una almohada de hule llena de aire, estuvo Jack rumiando estos pensamientos hasta después de media noche, hora en que comenzó a sentir un sopor irresistible. En ese momento dos sombras, deslizándose por el pasadizo central, colocaron un objeto pequeño en la puerta del calabozo del teniente. Diez minutos más tarde la verja desapareció en la pared granítica y las dos sombras penetraron en la cueva ocupada por el marino, al cual registraron.

Ya muy entrado el día despertó Jack y al incorporarse experimentó un dolor agudo en las sienes. Apuró un vaso de agua, y sintiéndose mejor, dió algunos paseos por su amplio encierro. Metió la mano en el bolsillo interior de su blanca guerrera y extrajo algunos papeles que revisó cuidadosamente. De pronto palideció y volvió a examinar ansioso uno por uno los documentos de su cartera.

Era Jack auxiliar del telegrafista del *Nicaragua* y tenía en su poder la clave secreta para las comunicaciones con los demás barcos de la poderosa escuadra y con las autoridades navales y militares de los Estados Unidos. La víspera había guardado cuidadosamente la clave en su cartera, estaba perfectamente seguro de ello; ahora estaban allí todos los papeles, menos ése.

—¡Me lo han robado!—murmuró con desaliento. Pero, ¿cómo, cuándo?

Meneó desconsolado la cabeza y se quedó pensativo largo rato.

Súbitamente resplandeció en su rostro la alegría de quien descifra un enigma y recorrió el calabozo a grandes pasos.

A medio día se describió la verja y el joven rubio apareció en el umbral de la cueva.

—Buenos días, Mr. Cornfield.

¿Durmió usted bien?

—Demasiado—replicó Jack.—Durante mi sueño me robaron algunos papeles.

—¡Cuánto lo siento! respondió el rubio con burlesca sonrisa. Pero eso hace poco honor a la perspicacia y vigilancia que se atribuyen a los ciudadanos yanquis.

—Toda vigilancia es poca cuando los enemigos se valen de infernales drogas para adormecer a sus víctimas.

No contestó nada el desconocido y sonriendo enigmáticamente, dijo:

—Mr. Cornfield, hoy permanecerá usted encerrado en este cuarto; pero mañana podrá conversar libremente con sus compañeros de cautiverio.

Jack no replicó palabra; mas observando que su captor, después de correr el rastrillo del calabozo se dirigía a la boca del túnel central, sacó por entre dos barrotes el espejito de Fanny y así pudo espiar todos los movimientos del joven rubio. El cual en

cucullas pasó la mano por la pared izquierda, a pocas pulgadas del suelo, y la verja principal desapareció lentamente en el muro de granito, cerrándose de nuevo apenas salió el misterioso personaje.

Lanzó el americano un suspiro de satisfacción. Gracias a su ardid acababa de descubrir la manera de salir de la caverna apenas lograrse franquear la puerta de su calabozo. Al atardecer se abrió la verja y Jack pudo reunirse con sus dos compañeros de prisión. Así que hubo departido largo rato con su amada, llevó al Secretario a un ángulo de la cueva y le refirió la desaparición de la clave telegráfica.

—¿Está usted seguro de que la tenía en el bolsillo?—Preguntó Mr. Adams, mirándole severamente.

—Segurísimo. Es un documento de tal importancia, que antes de acostarme me cercioré de que efectivamente estaba en mi cartera.

—Debió usted haberla destruido.

—No la sabía de memoria y pensé que podría servirnos más adelante.

—Hizo usted muy mal. Su imprudencia va a producir—estoy seguro—nuevas y más espantosas desgracias.

—¡Excelencia!

—No se aflija usted, Mr. Cornfield. Confiemos en el incontrastable poder de nuestra amada patria, que tarde o temprano vendrá a redimirnos o a vengarnos.

Interrogó Jack a su futuro suegro sobre los rui-

dos subterráneos que había percibido durante la noche.

—En efecto—replicó Mr. Albert: esta isla está minada y debe de haber talleres o algo así en el corazón del cerro. Anoche casi no pegué los ojos, haciendo conjeturas. Si no me equivoco, estoy en visperas de resolver el enigma.

¿Sabe usted para que sirve la línea férrea de vía angosta que observamos la tarde de nuestra llegada?

—No tengo la menor idea.

—Talvez se ha escapado a su penetración que la isla sólo puede ser abordada por la costa oriental, de manera que si los moradores de ella quisiesen establecer una estación radiotelegráfica no la instalarían de este lado, sino del occidental. ¿No es verdad?

—Evidentemente.

—Pues bien, los piratas que nos han apresado tienen hacia aquel lado una instalación inalámbrica y la clave que anoche le sustrajeron a usted, después de adormecerle con un activo narcótico, les servirá para dar órdenes en mi nombre y arruinar nuestro poderío marítimo. ¡Dios salve a nuestra patria!

—¡Mr. Adams!

—Sí, nuestros enemigos son más temibles de lo que al principio me imaginé. Esperemos resignados el desarrollo de los acontecimientos, y si al cabo hemos de sucumbir, recibamos nuestra sentencia con la frente alta y el ánimo sereno, como ciudada-

nos de la República más libre y civilizada que han contemplado los siglos.

Mientras los dos hombres sostenían aparte la anterior conversación, Fanny de rodillas en un rincón de la caverna oraba fervorosamente.

Confortada por sus plegarias se levantó y acercándose a su padre se abrazó a él mimosamente, diciéndole con voz dulce y firme:

—Estoy segura, papá, de que pronto saldremos de aquí y que nuestros valientes marinos vendrán a rescatarnos y a castigar a nuestros infames carceleros.

No bien hubo pronunciado Fanny estas palabras, cuando resonó en el túnel central una carcajada estentórea que les heló la sangre.

Lanzáronse los tres al pasadizo y no vieron a nadie. A la luz del crepúsculo registraron sucesivamente las seis cuevas y no hallaron persona alguna.

Presa de insólita agitación nerviosa, trasladó Jack sus ropas de cama al aposento de sus compañeros y los tres pasaron largas horas conversando y leyendo, con el presentimiento de que el día siguiente les reservaba nuevas y emocionantes sorpresas.

En efecto, cuando penetraron en la caverna los resplandores y el calor del sol, los cautivos despertaron casi a un tiempo y vieron en el umbral de la gruta al joven rubio, siempre vestido de kaki y con el latiguillo en la diestra.

—Buenos días, señores—dijo con sardónica sonrisa. Perdonen ustedes que tan temprano venga a importunarles; pero hoy a medio día desean mis camaradas celebrar con ustedes una conferencia, y como será un poco larga, recomiendo a ustedes que se desayunen antes.

Luego, sin esperar respuesta, se alejó golpeándose con el latiguillo las polainas.

Mr. Adams se encogió de hombros y luego tanto él como sus dos jóvenes compañeros procedieron al aseo matinal, sin cruzar palabra.

Cortaron enseguida algunas rebanadas de jamón y abrieron una lata de melocotones, rociados con el agua cristalina, aunque algo tibia, del cántaro; y satisfecho su apetito se sentaron en los bancos de madera adosados a las paredes de la cueva, y cambiaron interrogativas miradas, consultando de cuando en cuando sus relojes de bolsillo.

Fanny había enflaquecido algo y el suave color sonrosado de sus mejillas se había marchitado. Ante su padre quería aparecer resignada y valerosa; pero a duras penas disimulaba su inquietud, temerosa de que aquel joven rubio a quien ella desdeñó años atrás, quisiera vengarse sometiéndola a crueles humillaciones. Muy diversos eran los sentimientos que agitaban el pecho de su padre, a cuya perspicacia no se escapaba todo el alcance político de su estupenda aventura, y cuya reserva, extremada por su larga carrera diplomática, le había impedido abrir su corazón a su futuro yerno.

A las doce en punto resonaron pasos en el corredor y los prisioneros volvieron sus ojos a la entrada de la gruta, con expresión de viva curiosidad.



IV

EL TRIBUNAL

Apareció en ella el joven rubio, grave, solemne sin la sonrisa irónica que tanto molestaba a Jack. Le precedían dos sirvientes con cinco sillas plegadizas que colocaron en el centro de la habitación.

La más profunda sorpresa se pintó en el rostro de los prisioneros al ver el de uno de los criados, fornido mocetón de cabello rojizo, cortado al rape.

—¡William! gritó Fanny sin poder dominar su asombro.

Los tres acababan de reconocer en él a uno de los camareros del *Nicaragua* ¿Cómo estaba allí? ¿Cómo había escapado de la catástrofe? El hombre ni siquiera volvió la cabeza y salió seguido de su compañero.

Un nuevo personaje acababa de entrar en escena. Era un hombre de mediana estatura, al parecer de unos cincuenta años, con los ojos oblicuos y el escaso bigote de los individuos de raza amarilla. Vestía uniforme azul oscuro y llevaba al cinto un sable corvo. El rubio le presentó, diciendo:

—El capitán Amaru, jefe de nuestra escuadrilla de submarinos.

El Secretario Adams le contempló con curiosidad, moviendo la cabeza y sonriendo amargamente como quien ve confirmadas sus sospechas.

El nipón se sentó sin ceremonia, mirando distraidamente al fondo de la cueva y sin volver ni una vez los ojos al banco en donde estaban sentados los tres prisioneros.

Salió el rubio al túnel central y volvió con un nuevo personaje, un coloso de cara apoplética y nariz judaica, a quien el rubio presentó, diciendo:

—El conde von Stein, pariente de su Majestad el ex-Emperador Guillermo de Alemania.

El recién llegado fue a sentarse al lado del oficial japonés, con quien cambió en voz baja algunas frases.

Tras el alemán entraron dos jóvenes, uno pequeño y enjuto, de rostro moreno y ojos negros y de mirar enérgico.

—Don Manuel Delgado, salvadoreño, dijo el rubio. Y señalando al otro, más alto y de tez más clara que la de su acompañante, añadió:

—Don Francisco Valle, perteneciente a una de las familias más distinguidas de Honduras.

Y ahora—continuó—sonriendo burlescamente, me toca hacer mi presentación. Roberto Mora, ingeniero, jefe de la sociedad secreta *Los Caballeros de la Libertad*, y descendiente del patriota caudillo costarricense que en 1856 rechazó la invasión de los filibusteros yanquis.

Fanny fijó sus miradas en el varonil semblante del mozo, mientras su prometido la observaba sin ocultar sus celos.

Pero el rubio, que había tomado asiento al lado de sus cuatro compañeros, no prestaba la menor atención a la linda americana y todo su interés parecía concentrarse en el Secretario de Marina de la omnipotente República, el cual fingiendo la mayor indiferencia, miraba a la bóveda de la caverna, absorto en íntimos y complicados pensamientos.

—Mr. Adams—dijo gravemente el rubio, golpeándose las polainas con su latiguillo—usted representa aquí al Gobierno de un imperio más absorbente y tiránico que todos los que ha sustentado el mundo desde los tiempos de Ciro y de Jerjes. Los libertadores aquí presentes queremos discutir con usted el problema moral antes de asestar el golpe de muerte a la poderosa nación a que usted pertenece. Pido a ustedes mis excusas por no poder disimular un gesto de orgullo; pero ¿no es capaz de marear cabezas más fuertes que las nuestras el pensamiento de que cinco hombres animados por el fuego de la libertad y sostenidos por la justicia, den en tierra con una nación de cien millones de habitantes, veinte millones de soldados y una flotas de mil potentes barcos?

—Una partida de piratas podrá hundir una docena de nuestras unidades de combate, repuso friamente Mr. Adams; pero tarde o temprano sufrirán el condigno castigo y nuestra patria surgirá como hasta

ahora, incontrastable, omnipotente y resuelta a moralizar y hacer progresar estas desgraciadas colonias españolas.

—Se equivoca usted—replicó Roberto, no menos friamente que su interlocutor. —

Así como hemos hundido hasta ahora siete de los más perfectos *Dreadnaughts* que han surcado el océano, pudimos perfectamente haber echado a pique toda la escuadra americana impunemente, y si no lo hemos hecho es porque no convenía a nuestros planes. Pero de esto hablaremos más tarde. Lo que nos urge es que usted y sus dos compatriotas sancionen nuestra conducta así que reconozcan nuestro derecho. Hace tres años las escuadras americanas fondearon en nuestros puertos y millares de soldados de la gran República procedieron a ocuparlos.

Nicaragua y Guatemala se entregaron sin resistencia, gracias a los trabajos diplomáticos y mercantiles realizados por hábiles agentes. En Puntarenas un grupo de patriotas atacó a las tropas de ocupación y fué barrido por las ametralladoras. En Acajutla y Amapala encontraron vuestros paisanos dos pueblos varoniles que hicieron morder el polvo a varios miles de soldados americanos y vuestra nación sólo ha podido adueñarse de esas dos valientes repúblicas manteniendo en cada ciudad fuertes guarniciones. Entonces fué cuando indignado pensé en formar la liga libertadora que presido. En ella entraron todos los que tienen agravios que vengar de los insolentes.